

ANTONIO PERPIÑÁ

AGGIORNAMENTO DE LA CLASIFICACION
DE LAS FORMAS DE GOBIERNO:

DEMOCRACIA, ANARQUIA Y CESARISMO

Aggiornamento de la clasificación de las formas de gobierno:

Democracia, Anarquía y Cesarismo

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. ANTONIO PERPIÑÁ RODRÍGUEZ (*)

I. *Cuestión previa: el sentido de la política.*

La política no puede separarse del fenómeno del *poder*. Unas veces significa la actividad encaminada a conseguirlo y otras el ejercicio de las facultades de mando. Lo corriente dentro de la doctrina ha sido recoger la segunda acepción, con el intento frecuente de enmascarar el hecho crudo de lucha por el poder, y se nos ha hablado de realización del bien común, de servicio a la nación, de cumplimiento de la justicia... Todo esto no es pura irrealidad; pero recoge el aspecto más reducido del fenómeno del poder y de la política. Si, de acuerdo con la moda, quisiéramos reducir a porcentajes lo que en ésta hay de ejercicio pro bien común y justicia, seguramente no pasaríamos del 15 %. Porque, de un lado, antes de ese ejercicio tiene lugar la lucha por el poder y, de otro lado, durante el mismo ejercicio se persigue no el bien común o el interés general simplemente, sino también y más, el bien particular y el interés concreto de la persona o grupos que detentan el poder. Verdaderamente que ya hace muchos años dijo Ramiro de Maeztu que estaba por escribir una auténtica "Cratología"; y aunque la ciencia sociológica ha venido trabajando en ese logro, lo cierto es

(*) Disertación en junta del martes, 25 de enero de 1972.

que la teoría del poder ha seguido dominada ampliamente por el punto de vista jurídico-formal o por el iusnaturalista: como mera exposición de normas que se supone que se cumplen o como imperativos éticos que también se supone que son cumplidos. Lo que de hecho acaece en el mundo de la política sólo puede decirlo la Sociología. Y la verdad es que ésta no se ha consagrado a desarrollar el tema pedido por Maeztu.

Encontramos, ciertamente, enseñanzas profundas en autores como Max Weber y Bertrand de Jouvenel (sin contar el precedente magnífico de Mauricio Hauriou), así como en algún otro escritor; pero lo frecuente es que los sociólogos rehuyan el problema, ya sea porque su ideología democrática les pone un velo en los ojos que impide la visión de las realidades del mando y la obediencia, ya porque su concepción totalitaria se haga vergonzante y pretenda disimular lo que ellos saben que no gusta. Como ya no estamos en época de publicar "catecismos de política" *ad usum delphinis*, lo mejor, repetimos, es soslayar el tema. A lo sumo se estudia el poder en pequeñitos grupos informales, como Kurt Lewin (con mentalidad y preconceitos democráticos, además) o se intenta combatir "la personalidad autoritaria", como Th. Adorno (con el prejuicio marxista de que el abuso del poder es cosa "de derechas" y no una disposición general de las relaciones humanas). Por nuestra parte, y con vistas a una nonnata Cratología, hace años hubimos de publicar diversos artículos sobre el poder en la Revista Internacional de Sociología, del Instituto Balmes. Ahora queremos recordar algunas de las ideas allí expuestas, completándolas con otras surgidas de la observación de los hechos, de la lectura de la historia y de la reflexión sobre hechos actuales y hechos históricos. Aspirando a una Sociología genuinamente científica, buscamos la máxima neutralidad, una anhelada *Wertfreiheit*, no importándonos que nuestras descripciones disgusten a los de derecha o a los de izquierda. A los efectos específicos que perseguimos en este trabajo, nos limitaremos a examinar tres facetas o dimensiones del fenómeno político: la lucha por el poder, la alienación y el ejercicio egoísta del poder.

II. *Lucha por el poder.*

Como Max Weber desde la Sociología y Georges Renard desde la Ciencia política o Filosofía del Derecho han destacado (además de Laun, de Jouvenel, etc.), la política es eminentemente *lucha por el poder*. Lo que vale incluso para los sistemas en que la normativa cons-

titucional parece hacer imposible o innecesaria esa lucha, por cuanto atribuye *a priori* la soberanía a una persona o personas determinadas, y sólo a ellas. El ejemplo típico está en la Monarquía absoluta; pero aun en ésta no cesa, ni mucho menos, el combate. Las guerras de sucesión, los destronamientos y cambios de dinastía, las intrigas por conseguir el puesto de favorito, etc. —cosas todas que aparecen en cada página de la historia universal—, nos lo demuestran. Claro que todavía más claro se ve en la democracia, la cual, según de Jouvenel, viene a reducirse a una simple competencia por el imperium. El modelo de las grandes democracias actuales de aquende y allende el océano nos lo muestra.

Mas esto prejuzga ya la solución del problema del sentido comunitario o egoísta de la política. Pensar que los hombres se desvelan en constantes y a veces peligrosas pugnas, gastan dinero y dinero, incluso llegan a arruinar su salud mental, física o económica, única y exclusivamente por servir a los demás, es soñar lo imposible y desconocer los hechos de la experiencia. Parodiando a Platón, diríamos, sí, que el ideal sería que los santos fueran reyes o, al menos, que los reyes fueran santos. Pero los poquísimos que nos ofrece el santoral confirma nuestro punto de vista, no demasiado cargado de optimismo. La gran mayoría de los políticos (nacidos en los tronos o aspirantes a ocuparlos) luchan y se mantienen por el propio beneficio, por egoísmo. El cual no consiste solamente en el placer de mandar o en aprovecharse de las ventajas que procura el poder, sino en ambas cosas. Muy agudamente Bertrand de Jouvenel advierte que entre los bantúes una misma palabra, *fuma*, quiere decir dos cosas: reinar y ser sobrealimentado. No son los santos, insistimos, los militantes del combate por la dominación. “De hecho la historia universal se viene a reducir a una dura contienda entre los poderes de las tinieblas”, dice la *Gaudium et Spes* (número 37), que se remite a tres pasajes del Evangelio de San Mateo.

Sobre este supuesto se alza una proposición que no necesita ser comprobada empíricamente, pues es de evidencia racional, aparte de resultar verificada a cada instante y en toda coyuntura. El afán de mandar (*libido dominandi*) como el deseo de ocupar las alturas del poder para aprovecharse económica y socialmente de sus privilegios (por definición, toda política es un *spoils system*), se da en muy pocas personas. Son solamente minorías ambiciosas, agrupadas colectivamente o reunidas en torno de un César, las que participan en la lucha por el poder. Si todos los hombres tuvieran el mismo impulso, entonces sí que la vida será una *bellum omnium contra omnes*, un perpetuo destro-

zarse los unos a los otros. Que no suceda así deriva de dos factores mutuamente condicionados: a) El ya dicho de que los aspirantes al poder son pequeñas minorías, de suerte que la lucha por el mismo se desenvuelve no más que como una competencia entre *élites* en el sentido de Pareto. b) Por el contrario, la masa, como con toda crudeza, pero con profundo realismo, dijeron Lenin y Hitler, es “pasiva y cobarde”, y su pasividad facilita el combate minoritario. Los sociólogos, sobre todo los de impronta norteamericana, gustan de decir que el hombre aspira naturalmente a la libertad y que anhela no ser mandado por otro. Nos parece que no puede haber tesis más desacertada. Junto al afán de mandar de unos pocos existe el impulso de sumisión y obediencia de la gran mayoría; y uno y otro se acoplan y entrometen, como las púas de los puerco-espines cuando están juntos, de manera que la unión social no difiere mucho de las de estos animales. Son pocos los escritores que han destacado o descrito ese impulso de subordinación. Alfredo Vierkandt lo colocó entre los impulsos sociales básicos; y, por su parte, el psicólogo Jung ha destacado la “necesidad de entrega” a algo: Dios, el partido, un hombre. La opción humana es elegir qué señor preferimos para que nos proteja de los otros que no hemos elegido. Y B. de Jouvenel hace una siniestra pero certera afirmación: “Yo no sé de dónde viene la afirmación de que los hombres tienen horror al despotismo. Yo creo, por el contrario, que lo aman”, como se ama lo aleatorio y extraordinario.

III. *La alienación.*

Esto nos lleva a la segunda faceta del fenómeno que nos ocupa, a la cual, siguiendo el lenguaje de moda, llamamos *alienación*. Pero no esa alienación ambigua y esotérica que muchos pensadores “católicos” quieren encontrar en Carlos Marx, sino pura y simplemente a la *entrega* que los hombres hacen de su criterio y de su voluntad. Suele decirse con razón que en la acción humana libre existe una *motivación* impulsora y una *ideación* igualmente impulsiva. Nos movemos por impulsos emocionales (*psique*) y por ideas de fin (*nus*). Pues bien, en las relaciones políticas y, en general, en toda relación de tipo dominativo el que obedece renuncia regularmente a sus propios motivos y a su propio criterio ideológico o teleológico, y se entrega simplemente a la supermotivación de la obediencia (como si la simple relación formal de obediencia fuera suficiente móvil para obrar, que diría Max Weber)

y a la supraideación del que manda (cuyas ideas se convierten en máxima de conducta del sometido, no por aceptarlas discursivamente, sino por la simple relación formal de poder: Max Weber). Esto se ve claro en las Monarquías tradicionales, en que los súbditos son sujetos *dirigidos por la tradición* (Riesmann), y en las Monarquías cesaristas, donde son *heterodirigidos*; pero también en las democracias, en que los *autodirigidos* son los menos. En estos últimos sistemas de gobierno, las formas representativas no dependen sólo de exigencias morfológicas —el tamaño del grupo hace imposible la democracia directa—, sino también de imperativos psicosociales más íntimos. La representación reposa en la cómoda y casi universal actitud de las masas de que sean otros los que se tomen el esfuerzo de idear y decidir lo que ha de hacerse públicamente. Quizá el primero que recogió el concepto de alienación, sin “nieblas germánicas”, fue Rousseau, cuando escribía que los ingleses sólo son libres al elegir sus representantes, pero que luego se entregan a ellos. Sin duda, pero... qué tranquilos se quedan cuando pueden recluirse en la intimidad de sus casas y sus amistades. La participación en la vida pública podía ser muy intensa en las democracias directas de Grecia; pero es muy escasa en las grandes democracias modernas, incluso en lo que afecta a la mera fórmula de designar representantes.

IV. *El ejercicio del poder.*

Dijimos que los desvelos, fatigas y riesgos inherentes a la lucha por el poder no se pueden explicar, dada la condición humana (por lo menos, la de los hombres históricos que hemos conocido), por el afán de servir a los demás y sacrificarse por ellos. Nadie va a Sierra Maestra sólo por el bien de los cubanos o se expone al infarto de miocardio por el bien de los norteamericanos. En realidad, esta proposición tajante, aun conservando la mayor parte de su validez, debe ser corregida y completada. Si aceptamos la gran división aristotélica de gobiernos *puros* (que persiguen el bien común) y formas de gobierno *impuras* (que atienden al interés particular de los que mandan), no podemos decir *sic et simpliciter* que entonces puede formularse como ley sociológica absolutamente válida que **TODAS LAS FORMAS O SISTEMAS DE GOBIERNO QUE HISTORICAMENTE SE HAN DADO SON IMPUROS**. Lo más podríamos decir es que han sido, son y tienden a ser —no en muy gran escala— formas *mixtas*, donde bien común y

bien privado egoísta se combinan en dosis muy variables. Como dice B. de Jouvenel, el poder tiene algo de *bestia* (explotación egoísta de los gobernados) y de *ángel* (acción benéfica). Y esto es exacto, más que por fallo de nuestro “pesimismo antropológico” (no creemos que los hombres sean buenos, y menos aún los gobernantes), por el dispositivo natural de las cosas, ya que siendo indispensable el orden y alguna dirección en cualquier grupo, la homeostasia social espontáneamente y el propio interés de los dominadores conducen al logro de circunstancias de bien común. Como es fundamental en la Sociología de la acción, hay que separar los *motivos* de los actores y la *función* que cumple su obra o resultado. Con malas intenciones se cumplen buenas obras. He aquí explicada sin adherencias psicológicas la función benéfica del poder, que parece responder más que a la buena voluntad de los poderosos, a los designios superiores de la Providencia (Balmes) o a alguna “astucia de la Razón” (que diría Hegel). Y los dominados se percatan, por lo menos subconscientemente, de la necesidad y efecto benéfico del poder; y lo acatan tanto por instinto de sumisión (por “borreguería”, que es mucho más frecuente de lo que se cree) como por conveniencia. Lo único que falta entonces es disimular o enmascarar aquel servilismo y este oportunismo... y para eso los hombres han inventado el mecanismo de las IDEOLOGIAS.

V. *La trilogía clásica.*

Cuando se habla de formas de Gobierno (más exacto sería decir “formas de Estado” o de régimen) se sigue hablando aún de la clasificación platónico-aristotélica que se fija en el número de los que detentan el poder soberano: uno, pocos, muchos, a cuya serie numérica corresponde la de *Monarquía-Aristocracia-Democracia*. En la que habría que añadir las formas *mixtas*, en muy diversos *cocktails* de ingrediente y de proporción de los mismos. Nuestra idea fundamental aquí es insistir en que esa trilogía carece de aplicación en el momento presente para clasificar y ordenar los modernos Estados, y que, por ende, se hace preciso un *aggiornamento*. En este epígrafe nos dedicamos solamente a la parte de crítica negativa.

Por lo pronto, la Monarquía es hoy en día sólo un nombre. Mejor dicho, cumple aún una importante misión como *forma regiminis*, como organización de las Magistraturas —sobre todo la suprema—, pero no como *forma imperii*, que diría Kant, como distribución del poder su-

premo. En este último terreno, insistimos, la Monarquía ya no existe, toda vez que las formas monocráticas que pueden observarse en algunos países subdesarrollados o son reflejos de viejas concepciones tribales o expresan sentimientos cesaristas, lo que es muy distinto. Con Nietzsche, casi podríamos decir que los pueblos —los pueblos civilizados— ya no son dignos de tener reyes. A esto se añade y une la pérdida del *principio de legitimación tradicional*, en el sentido de Max Weber, que es lo que hace surgir las Monarquías y les da fuerzas de sostenimiento. Por lo que se refiere a la aristocracia propiamente dicha, podemos decir otro tanto. Ni los pueblos son ya dignos de tener señores, ni existen ya señores. Lo único que subsisten son las *oligarquías* (que no son agrupaciones de los “mejores”, sino de unos pocos que monopolizan los privilegios de mando y de apropiación). En esto se ha operado, no una “rebelión de las masas”, como decía Ortega y Gasset, sino una “rebelión de las minorías”, de acuerdo con el título del libro de Ustarescu y con el juicio de Toynbee. Por lo demás, las aristocracias genuinas suelen estar ligadas a las monarquías (sin éstas no hay nobleza, sin nobleza no hay monarquía, según certero dictamen de Montesquieu); y de nuevo hay que contar genuinamente con la extinción del *principio de legitimación tradicional*. El descender de combatientes de las Cruzadas o el pertenecer a linajudas casas de arraigo secular podrá dar cierto prestigio social (que se hace valer en las reuniones de la buena sociedad o en los “ecos” y revistas de moda), pero en modo alguno facilita el acceso al “Boletín Oficial del Estado”.

Y de las tres formas clásicas nos queda sólo la democracia. Podríamos hablar también de una “crisis de la democracia”, continuando la ingente literatura aparecida entre las dos guerras mundiales y no interrumpida después. Podríamos hablar también de la crisis del *principio de legitimación racional* que sustenta esas formas de Estado y que ha pasado de ser una utopía (en el sentido de Mannheim), con dotes de idea-fuerza, a ser una mera ideología, carente de aspiraciones sinceras a proyectarse sobre la realidad. Nos bastará traer el testimonio de un autor nada sospechoso de “fascismo”, Hans Kelsen. La función de la ideología democrática, dice, es “mantener una ilusión insostenible en la realidad social, como si la melodía sonora de la libertad, grata siempre a los anhelos de los hombres, pretendiese amortiguar los motivos sombríos con que suenan las férreas cadenas de la realidad”. No obstante todo esto, damos como vigente la *democracia*, si bien, como hemos de ver, ha de ofrecerse actualmente en formas mixtas e impuras.

No se trata sólo de crisis de un principio abstracto de legitimidad. Es que las gentes del pueblo han empezado a desengañarse de esa engañosa melodía, y nadie cree ya que por las votaciones el ciudadano se mande a sí mismo y siga siendo libre, como catequizaba Rousseau. La razón principal es la ingerencia necesaria de la democracia representativa, la cual, como sabemos, implica una alienación. Hubimos de citar a Rousseau; ahora podemos añadir otras citas autorizadas, que no son teoría abstracta, sino exposición de hechos de experiencia. Siempre el delegado del soberano será el amo del soberano (Proudhon); el representante del soberano es sencillamente su amo (Spencer); los representantes no quieren servir al pueblo sino servirse del pueblo para sus fines (Spengler). Pero quien con mayor profundidad sociológica ha penetrado en este fenómeno ha sido Robert Michels con su *ley de hierro de las oligarquías*: todos los que componen los órganos gubernamentales y administrativos se unen entre sí y se separan de los demás, formando una minoría consolidada, una oligarquía, que no se resigna con “volver a las filas del pueblo” (como soñaba Kant con su “nobleza civil” democrática), que trata de eludir todo control y que identifica su ser y su existencia con los del grupo. Esto lo ven cada vez más y mejor los pueblos, y la salida de esa actitud es, en principio, la democracia directa y controlada; mas, como hemos de ver en seguida, ella misma es tan irrealizable o más que la representativa, de suerte que lo único que es viable bajo su manto es la *anarquía*. Claro es que como los hombres no pueden vivir ya en estado de naturaleza, sino que necesitan un poder, resulta que por la ley de la reacción igual a la acción que la provoca, las tendencias anárquicas conducen a fuertes concentraciones de poder personal, despertando el *principio de legitimidad carismática* y con ello la tercera de las formas “puras” de Gobierno que creemos viables en la hora presente: el *cesarismo*. Democracia, anarquía y cesarismo constituyen, pues, la trilogía actualizada que hemos de tratar aquí.

VI. *La democracia posible.*

Abandonemos definitivamente los sueños de nuestros abuelos que esperaban un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Empecemos por dejar sentado que si hay algo de verdad en la tesis de que las dos guerras mundiales han supuesto un doble triunfo de la democracia: la de 1914-1918, del Estado-nación sobre el Estado-poder,

como dijo Duguit, y la de 1939-1945, de la democracia parlamentaria o popular sobre el fascismo; si de verdad algo de esto es cierto, repetimos, añadamos que se ha tratado de dos victorias pírricas. Una tercera guerra mundial, un nuevo triunfo de la democracia, y ésta se queda sin ejércitos. Pero no pensemos ni remotamente en esta hipótesis y vayamos al mundo posterior a 1945. ¿Qué pasa? Tenemos una tripartición político-geográfica: el llamado mundo occidental, el comunista y el tercer mundo. En el primero, la democracia resulta bastante “impura” o “mixta”. Por lo pronto, nadie puede negar la vigencia de la ley de las oligarquías, de suerte que en todas las naciones llamadas “democráticas” vemos de una u otra manera —sobre todo, a través de los aparatos monstruosos de los partidos políticos— fuertes manifestaciones de *oligarquías* (nos resulta de mal gusto llamar “aristocracia” a los senadores norteamericanos o a los diputados europeos). Pero aún hay más. Sea porque “la naturaleza humana” así lo impone, sea porque la actual coyuntura, muy penosa y oscura, lo exige, las masas no se resignan simplemente a ser mandadas por élites o minorías consolidadas, por “clases políticas”, que diría G. Mosca, sino que incluso, como las ranas de la fábula piden un rey... un rey democrático. Si en Estados Unidos, desde Franklin Delano Roosevelt se ha abierto camino a una teoría del *leadership* democrático (¡qué mal suena originariamente la expresión!), si en el Reino Unido todo el artillugo democrático se reduce a la posibilidad de opción entre dos personas para el puesto de *Premier*, si en Francia el gaullismo y su secuela están dejando fuerte impronta de caudillaje...; si todos estos semicaudillos democráticos necesitan además apoyarse en un séquito que los aisle de la masa amorfa, se sigue que lo que hoy se llama democracia más acá del telón de acero es una *forma mixta* de mecanismos democráticos (elecciones, opinión pública, oposición), oligárquicos (los partidos políticos y sus dirigentes, los *cliques* informales que dominan el panorama nacional) y cesaristas (los líderes democráticos y supremos dirigentes). Bien entendido que este juicio no es simplemente una conclusión obtenida en el ámbito de la abstracción científica; es asimismo una *aspiración general y racional de las masas*, que, de un lado, anhelan ser dirigidas por una *élite* con prestigio y eficacia rectora y, de otro lado, nunca pueden abandonar el instinto mesiánico, que se entrega ciegamente a una persona y a su poder personal; y que a menudo, cuando no se encuentra con esa persona carismática la busca o la inventa.

Como ya vieron Polibio, Santo Tomás y otros, la forma mixta de gobierno, si se sabe combinar lo mejor de cada una de las formas puras, es la más deseable. También nosotros pensamos que la *democracia posible* de hoy, si sabe combinarse con los otros dos principios (oligárquico y cesarista), puede ser la mejor solución política. Lo grave es que el imperativo sociológico o de hecho reclama, para el logro de esa fórmula, que se cumplan tres requisitos: 1.º La existencia de un líder lo suficientemente acreditado y eficaz para cumplir su función y lo suficientemente morigerado para cumplirla bien (¡El Cielo libre a los pueblos de los grandes hombres!, reza un viejo proverbio chino). 2.º La existencia de una *élite* en forma. 3.º La existencia de una masa que no sea demasiado activa para llegar a impedir la actuación de sus dirigentes ni demasiado pasiva como para dejarlos actuar a su capricho. La primera condición es sumamente aleatoria y fruto del azar histórico. Los héroes, genios y grandes hombres nunca pueden entenderse como producto de estructuras ni son fabricables por la normativa social. De otro lado, es indudable que entre el carisma y el espíritu democrático tiene que haber siempre una tensión o antagonismo, tanto más manifiesto cuando, superadas las fases objetivamente extracotidianas, se produce la "rutinación del carisma" (Weber) en una atmósfera, como la presente, en que la ideología democrática tiene todavía alguna influencia, por lo menos verbal. Pero seguramente más grave es la inexistencia del segundo requisito. La historia, más que la biografía de los grandes hombres (Carlyle), es la sucesión de las clases políticas (G. Mosca) o *élites* (Pareto); y *la gran tragedia de la democracia representativa contemporánea es la crisis de sus élites*. Todas ellas se sumergen en la vulgaridad de un falso humanitarismo y en la venalidad de un verdadero "enchufismo". Más concretamente podemos decir que la vieja *élite* capitalista, degenerada ya en el sentido de Pareto después de las dos guerras mundiales (y, por si faltara poco, con motivo de la guerra del Vietnam) no se ve sustituida por ninguna otra. Los "tecnócratas" no saben mandar, al menos por ahora, y ni remotamente vemos que se vean resquicios de la emergencia de una *élite* de la "ideocracia", como sueña Gonzalo Fernández de la Mora. A fuer de neutrales, hay que reconocer que mayor vigor directivo tienen las *élites* comunistas; pero éstas, aunque se den dentro de las llamadas democracias populares, son una fórmula de solución muy diferente de la democracia posible. Por lo demás y finalmente, en las masas mismas cunde el desaliento y la

desilución políticas. Aunque no quieran los aspirantes a gobernantes democráticos, hay una crisis de las ideologías, específicamente de las ideologías democráticas. Y nos falta así el tercer pivote para poder sostener el edificio de una “democracia posible”.

VII. *Democracia directa, participación, anarquía.*

Una reacción algo extendida contra el triste panorama que ofrece la democracia representativa —sobre todo, como reacción contra la ley de las oligarquías, que las masas saben captar ya en buena parte—, es la aspiración de establecer un genuino gobierno del pueblo “por el pueblo”. Para ello el Derecho político clásico conoce ya las formas de *democracia directa*, en que el pueblo no elige representantes bajo los que queda alienado, sino que decide directamente por sí: se manda a sí mismo y es libre, según el viejo sofisma rousseauiano. La institución política clave es el *referéndum*; pero, como es obvio, no se puede estar convocando todos los días y para todas las decisiones más o menos importantes a los millones de ciudadanos activos de los países modernos. De suerte que no queda más remedio que recurrir a la democracia semidirecta (que combine fórmulas de votación directa y de elección). Y ésta es una solución totalmente insatisfactoria hoy día para el espíritu democrático; por lo que, como una nube mágica, surgida pura y potente del mundo del ideal, ha aparecido la *participación*.

En sentido amplio, esta palabra expresa cosas muy distintas, por lo menos en la Sociología industrial, desde el simple derecho a la información hasta la autogestión, pasando por el consejo, control, veto, etc. Mas en sentido riguroso es tanto como *participar en las decisiones*. Si no se quiere volver a incurrir en la farsa de la democracia representativa, ni entregarse a la gran mentira de las Democracias populares, sólo cabe un recurso: participación constante de todos en todos los niveles y situaciones, con irrenunciable derecho de deponer en cualquier instante a los delegados. Pero esto, que es lo que nos ha predicado Daniel Cohn-Bendit, viene a ser algo más que participación: es *anarquía*. Nos bastará con citar tres acontecimientos históricos comprobatorios de cómo el exceso de democracia directa (¡que es la democracia imposible!) conduce a la anarquía. Por lo pronto, lo sucedido en nuestro país, en julio de 1936, en la llamada zona republicana. Estamos demasiado acostumbrados, en España y en el extranjero, a contemplar nuestra guerra civil contraponiendo el “Gobierno” de Madrid y el de

Burgos. A la distancia, recordando los acontecimientos que hubimos de vivir, vemos claramente que lo sucedido en la zona republicana o roja no fue una toma de poder por los comunistas, ni siquiera el establecimiento de un Gobierno de guerra fuerte (lo que vendría tardíamente y de modo incompleto), sino una toma de poder pluralista dentro de los diversos grupos. Desde el modesto taller o la ínfima peluquería, hasta las grandes fábricas e *incluso en los Ministerios*, se formaron Comités autárquicos y casi soberanos, que regían en forma aparente de democracia directa e inmediata el grupo correspondiente. En los Departamentos ministeriales se constituyeron, por lo menos, Comités de Depuración, que decretaban las expulsiones y hasta las ejecuciones sin contar para nada con los ministros. El Consejo de éstos, con el incapaz Presidente de la República, se limitaban a presidir nominalmente esa autogestión múltiple e inconexa, es decir, a presidir sin mando una anarquía poco organizada. Eso fué la revolución española el año 1936. El segundo ejemplo, igualmente impresionante, nos lo dan los sucesos de mayo-junio de 1968 en Francia. El interesantísimo libro de Daniel Cohn-Bendit *Le Gauchisme remède à la maladie sénile du communisme* (Editions du Seuil, París, 1968) y cuantos testimonios fidedignos nos describen lo que entonces acaeció en París muestran claramente que la tentativa de democracia directa y de “participación” remató pura y simplemente en la anarquía. Se ocupan fábricas y Universidades, incluso las instituciones más alejadas del viento de la política, como la Federación de Fútbol y alguna Caja de Subsidios Familiares; y rehuyendo la representación más o menos autoritaria —sin duda con temor inconsciente a poner en juego otra forma de la ley de hierro de las oligarquías—, se adoptó, en general, el criterio de gobierno de cada grupo por todos los miembros del grupo. La consecuencia fue triple: a muy corto plazo, la anarquía y desgobierno en cada grupo y en el conjunto del país; a plazo corto, el desengaño, el cansancio, el deseo de volver al “orden republicano”; y a plazo largo el desprestigio de las ideas revolucionarias, como consecuencia de esa *Revolution introuvable*, de que habla Raymond Aron. Un tercer ejemplo reciente e importante podemos citar (1): el de la Revolución cultural china, en que se produjeron los mismos fenómenos de participación directa y consiguiente

(1) Cabría añadir el de la revolución rusa de 1917 que, como muy bien ha destacado Daniel el Rojo, no se inició como revolución comunista, sino como pluridemocracia directa y anarquista (soberanía de los soviets).

anarquía, según nos describe el autorizado testimonio de Jean Esmein (*La révolution culturelle*. Editions Seuil, París, 1970).

En suma, todos los ejemplos recientes, como cualesquiera otros que puedan espigarse en la historia —en las épocas de fe democrática— conducen a lo mismo. Ahora, rehuyendo la mala faz de la democracia representativa y en pos de la democracia directa, se habla de *participación*; pero la experiencia cotidiana demuestra que con ella y tras ella, o sea, sin mantener algún principio de autoridad y jerarquía, sólo se va a la *anarquía*. Si hemos de destacar una segunda forma de Gobierno en la hora presente, para poner al lado de la mixta “democracia posible”, hemos de contar con la negación del Gobierno, con la fórmula de los ácratas, que, por lo menos, vale como *una forma de desgobierno*.

VIII. *Cesarismo y despotismo.*

La que hemos llamado “democracia posible” goza hoy de mala prensa, sobre todo entre la juventud y entre los maduros que adulan a los jóvenes; la participación anarquizante es mal vista por los adultos y maduros (por los que ya lo son y por los adolescentes que lo serán dentro de poco), aparte de que es un régimen sociológicamente imposible. Incapacitados de volver a la Monarquía tradicional y a la aristocracia tradicionalista ¿qué nos queda entonces? *El cesarismo*, o, si se quiere hablar en términos más amplios y comprensivos, el *despotismo oligárquico*.

De los tres principios de legitimidad estudiados por Max Weber, el único que tiene porvenir parece ser el carismático. Como dice Oswald Spengler, en las épocas de *decadencia* (como es la actual), rota la fuerza de la tradición —y agotada la fe en las ideologías racionalistas democráticas, añadiríamos nosotros— surge la época de las personalidades del azar. O, como con su pluma galana escribe Ortega y Gasset: de la misma manera que el albatros aparece en vísperas de las tormentas, “el hombre de acción” surge en el horizonte en el alba de todas las crisis. Y creemos que nuestros días son de crisis de decadencia, no de crecimiento. Nos abocamos con el reinado de los Césares, como sucedió en Roma tras la anarquía semiorganizada de los siglos II y I a. de J. C. (antes de Jesucristo, aunque las siglas pueden interpretarse aquí como “antes de Julio César”). La comparación histórica, sobre todo con el Imperio romano, y la comprensión (*Verstehen*) del proceso histórico-

social contemporáneo, conducen, por lo menos según nuestro punto de vista, a ese pronóstico. Entre otros ejemplos de juicios concordantes con el nuestro podríamos citar todavía el que hace más de siglo y medio formuló el conde José de Maitre. Nadie puede dudar de que, pese al crecimiento constante y deslumbrante del producto nacional bruto (o, quizás mejor, por él y con él), estamos en una caída hacia el materialismo. Pues bien, De Maistre dogmatizó breve y agudamente: *Partout Lucrèce annonça Caesar*. El materialismo marxista anunciaba ya el cesarismo de Lenin, Mussolini y Hítler. También aquí la documentación histórica, que no las minúsculas técnicas de investigación al uso, puede ilustrarnos de modo empírico y no meramente especulativo. A los tres ejemplos de “fascismo” (rojo, negro y pardo) antes citados, en que la anarquía de los soviets, la ocupación de fábricas o la impotencia de los gobiernos republicanos, condujo al poder personal absoluto, sin freno alguno en la tradición, podemos añadir contemporáneamente la rehabilitación del gaullismo en Francia tras los sucesos de la primavera del 68 —rehabilitación que aún perdura—, la salvación de China y su comunismo merced al prestigio y suprema autoridad de Mao Tse-tung, así como todos los movimientos “nasseristas” que se han producido en los países del Tercer Mundo nacidos a la independencia sin vocación de legalidad estatal, pero sí arrastrados a la anarquía del autogobierno tribal.

La teoría política no puede contentarse con hablar del “César” y su pueblo. Como muy bien supo ver ya Gaetano Mosca, la estructura de la dominación es más compleja, y entre el tirano o déspota y la masa se colocan dos escalones intermedios: la clase política, séquito, *Gefolgschaft*, o como quiera decirse, y la que ese autor llama “clase media”, que suministra los elementos de que se nutre la clase política. Pues bien, la tercera forma de Gobierno que pronosticamos en nuestro *aggiornamento* doctrinal, el *cesarismo* debe incluir el César y su séquito: Lenin, con su partido comunista, claramente minoritario; el *Duce*, con sus “camisas negras”; el *Führer*, con sus S.S. y S.A.; Mao, con su partido comunista bien depurado contra pretensiones anarquizantes o de ambición como consecuencia de la revolución cultural... Sin embargo, nosotros somos más pesimistas todavía. Al fin y al cabo, en las minorías fascistas o comunistas podemos ver entusiasmo, devoción, sacrificio; virtudes políticas positivas, en suma (que no sólo la democracia es santa). Mas ¿qué nos advierte el futuro? El resultado de la II guerra mundial aniquiló las clases políticas fascistas; el “aburguesamiento” de la

Unión Soviética está destruyendo el alma del partido comunista (2); en China está resurgiendo, según parece, una burocracia sin alma y sin idealismo —siguiendo la tradición mandarínista de la gran nación asiática—; el gaullismo queda ahogado y sin espíritu dentro de una burocracia inerte y conservadora, que hacen de Francia *La Société bloquée*, según el título del interesante libro de Michel Crozier (Editions du Seuil, París, 1970). *Es el crepúsculo de las ideologías*, de todas, o sea de las democráticas, de las tradicionales y de las que han tenido aspiraciones de novedad (fascistas, comunistas, ideocracias). En una Sociedad materialista, cansada de racionalismo y de fariseísmo beato, sólo queda lugar para dos cosas, que englobamos —quizá inadecuadamente— bajo la categoría de cesarismo: el dominio personal de uno sólo, no por tradición, sino por carisma, como “rey natural”; y el dominio de muy pocos, de triunviratos, troykas o direcciones colectivas. Lo normal es que esta segunda forma de cesarismo colectivo tienda al puramente personal; pero puede haber pausas de aquella forma e incluso intentos de institucionalización de la misma. La República de Venecia, república de patricios, como nos ha enseñado Carlos Diehl, y los intentos actuales dentro de la Unión Soviética, son buenos aunque raros ejemplos de ello. Nótese que en ambos la función policiaca de los esbirros o de los agentes comunistas secretos no está dirigida, principalmente a vigilar al pueblo (a un pueblo pasivo y borreguil), sino que se endereza más bien a evitar el alzamiento de un *dux* o Secretario General con auténticas pretensiones de dirigente cesarista único.

Pero el César individual o colectivo requiere apoyarse en una *élite* o clase minoritaria. Y en franca decadencia o trance de liquidación de los clásicos grupitos ideológicos, sólo queda una fuerza social capaz de proveer de dicho apoyo minoritario: los *soldados*. En suma, nos tememos que el mundo tiende a seguir el ejemplo —el mal ejemplo— del principado y el Imperio romano: *el César con sus pretorianos*. He aquí la forma de Gobierno que se anuncia como más verosímil para

(2) Cuando el genio oportunista de Lenin decretó la relativa liberalización de la Nueva Política Económica, se suicidaron muchos jóvenes del Konsomol, al ver rotas, según ellos, las alas de su ideal. No tenemos noticia de que ningún joven comunista de hoy haya seguido el mismo camino del harakiri ante el aburguesamiento de Kosigyn, la liberalización inspirada en Liberman, etc.

el futuro relativamente mediato. Y si no aparece una figura carismática capaz de ocupar ese puesto (3), tendremos simplemente un despotismo tiránico, igualmente apoyado en las fuerzas armadas.

IX. *Resumen.*

El cuadro sintético que las reflexiones anteriores nos permiten levantar es el siguiente:

a) Negativamente, pensamos que las formas de gobierno clásicas llamadas Monarquía y Aristocracia no son viables hoy en día. Su base común es la tradición y ya nadie o casi nadie cree en ella. Lo que puede haber de reminiscencia de la primera es un simple nombre y un pedazo de madera cubierto de terciopelo (como definió Napoleón los tronos). Lo que se acerca a la segunda es la pretensión de poder de minorías oligárquicas que, de acuerdo con la terminología de Spengler, "no están en forma".

b) La democracia, que necesariamente tiene que ser representativa, se acusa cada vez más como el campo de maniobras de la ley de hierro de las oligarquías. Tampoco la gente cree ya en los ideales democráticos.

c) El rechazo de esos ideales, sin añoranzas ancestrales, conduce pura y simplemente a la anarquía, que es el gobierno imposible, llámense hippies, ácratas, trostkystas o como quieran llamarse sus partidarios. Obsérvese que el anarquista es políticamente el perro del hortelano: ni manda ni deja mandar... y por ese camino no se va a ninguna parte.

d) Mejor dicho, se va al cesarismo militarista. Cualquiera que medite sobre los sucesos de mayo-junio de Francia se dará cuenta: primero, de que la ideología democrática no entró en juego. Contra la revolución *introuvable* no reaccionó la masa no revolucionaria; y úni-

(3) Adviértase que la figura de un "César" no requiere la existencia real de un superhombre: *basta que las masas lo tengan por tal, aun sin serlo*. Cuando una situación social es tenida como real, es real en sus consecuencias (Thomas).

camente pocos años después, con motivo de destrucciones e incendios conmemorativos, cuando la guardia republicana se negó a reprimir los disturbios (cansada de censuras y vituperios en la prensa y la TV.) llegó un momento en que los burgueses (los tenderos) pensaron en la auto-defensa, urganizando una especie de milicias urbanas. Pero el Estado moderno no tolera ni milicias urbanas ni guerrillas urbanas. Segundo, que el relativo éxito inicial del movimiento se debió a vacilación del Gobierno, que no tenía la conciencia tranquila. Tercero, que cuando De Gaulle supo que contaba con los paracaidistas del general Massu, todo empezó a cambiar. El espectro del César con sus pretorianos fue suficiente para acallar el motín. Cuanto que los mismos revolucionarios carecían de toda fe sincera en su misión histórica. Hemos leído numerosos planfletos y hojas sueltas emitidas por toda clase de asociaciones estudiantiles y profesionales, y en casi todas ellas late un espíritu sutil, pero poco disimulado: el asombro, la indecisión, la falta de empuje. Creemos que tenía razón R. Aron cuando habló de una “fiesta revolucionaria”, análoga al carnaval romano; es decir, una pausa en la presión y represión social, pero sin ánimo de crear nada nuevo. El papel decisivo de las fuerzas armadas sí se vio de manera activa y positiva con y en la revolución cultural china. Mao, con sus generales y oficiales, nos recordaba a Nerón y sus pretorianos. Gracias a ello pudo rematar la liquidación de toda la clásica oligarquía republicana, similarmente a como el César chino se apoyó en las bayonetas para dominar a los elementos que no le eran gratos y para meter en vereda a los estudiantes demasiado levantiscos.

e) Lo único que nos parece factible, para librarnos de ese pesimismo histórico (que no nos abandona del todo) es, como decíamos, una *forma mixta de democracia* (alguna participación, sobre todo en el control), de *oligarquía* (creando o fomentando una minoría eficiente) y su poso de *cesarismo* (por lo menos, no oponiéndose a la emergencia de líderes más o menos democráticos, como Roosevelt, Churchill, De Gaulle, Adenauer...). Sin eso, solamente queda como fórmula de dirección política, el consejo que Septimio Severo dio a sus hijos y que Vilfredo Pareto cita en más de una ocasión: “*Enriqueced a los soldados y despreciad a los demás*”.